



“La aviadora señora Frank, gravemente herida á consecuencia de una caída durante un vuelo (De fotografía de M. Rol)”
1910, n.º 1.493, p. 518.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, á cosa de las siete de la tarde, un gentío inmenso se agolpaba en el paseo de la Castellana. Había, en expectativa, innumerables coches y automóviles, que rodeaban el parque de los «Recreos Salamanca.» Las cabezas, de vez en cuando, se erguían hacia la bóveda celeste, como si allí estuviese el esperado espectáculo, algo que surgiese cuando menos se esperase... Y en efecto, al cabo de media hora, un rumor anunció que «ya subía.» Se vió rebasar de las copas de los árboles una esfera que de cerca parecía enorme, transparente, y que, al ascender, era chiquita, chiquita como un punto perdido en el espacio... Por lo demás, se elevaba con gallardía, con esa suave y fantástica ligereza de los globos, mayor que la de las aves, más gentil aún... Dentro del globo, del punto chiquito, ya casi invisible en el espacio, el aeronauta agitaba una banderita española y dejaba caer una lluvia de papelititos, que supongo serían anuncios, pues á mí no llegaron.—El aeronauta era una mujer.

La víspera, yo había estado leyendo una de las infinitas lucubraciones acerca de diferencias entre el hombre y la mujer, condición específica de cada sexo, y por la noche había concurrido al Circo, asistiendo á los duros ejercicios de una acróbata, que realiza en el trapezio cosas de las que erizan el vello á un sombrero de copa acabado de planchar... Y me reía de los libros—séale esto permitido á quien sólo el vicio de los libros tiene—y de cuantas cosas suelen repetirse sin examen, como repite el papagayo su burlón redoble de erres, por lo cual estos modos de decir reciben el nombre de psitacismo... La aeronauta completaba á la acróbata, al lanzarse á un elemento mucho más terrible para el hombre que el agua y no menos indomable que el fuego... La señorita Corominas, «reina de los aires,» sin más compañía que su intrepidez—recuérdese que las señoritas no pueden ir solas ni á la tienda de enfrente,—se iba á hacerles competencia á las águilas, si las hubiese en estos climas; y hora y media volaba tranquilamente, hasta venir á caer en Vallecas, afortunadamente sana y salva, pero entre los rieles de la vía, donde tres minutos después pasaba el tren, que á poco pudo aplastarla...

Hace dos años, en mi aldea, una aeronauta cayó de las nubes. Tompoco se hizo daño: el globo descendió en un sembrado de maíz, al lado de unas coles. La aventura, contada así, parece prosaica y aun divertida, propia de zarzuelillas como *El pollo Teja la ó La vuelta al mundo*; pero veréis que podría tener su lado trágico. La aeronauta se había elevado en la Coruña, en la plaza de toros. El viento impulsó el ligero aparato hacia la bahía. El globo la cruzó en toda su anchura, hasta el puerto de Santa Cruz, desde el cual vino á abatirse en mi parroquia. Si el viento tiene otro capricho más temible, se lleva á la tripulante mar adentro, y entonces... Así y todo, la mujer permaneció mucho tiempo sobre el abismo de las olas, mientras calaba sus huesos una neblina húmeda y fría. La que cruzó la bahía es la misma que ahora, por instantes, se ha salvado de ser despachurrada bajo un tren... Y yo digo que es preciso tener el corazón tan bien colgado como puede tenerlo el varón más barbudo, para hacer de estas gracias.

Nótese que la gente, siempre dispuesta á cerrar caminos á las mujeres apenas se trata de profesiones descansadas, lucrativas y que no exigen ni asomos

de heroísmo, como las oficinescas del Estado; siempre dispuesta á horripilarse si se habla de médicas, abogadas y catedráticas, no encuentra la menor objeción que oponer á que las hembras se columpien en el trapezio y se dejen caer desde alturas vertiginosas, ó á que naveguen por los aires en fragilísima barquilla, expuestas á aplastarse como ranas ó á hundirse entre las olas... Ni estos frecuentes ejemplos, ni el de las señoritas toreras, ni otros muchos menos aparatosos que se registran á cada momento, influirán en los autores de disertaciones azucaradas, en las cuales se declara, por cienmillonésima vez, que «el hombre es fuerte, atrevido, valeroso» y la mujer «un ser débil, tímido, dulce...»

* * *

¡Se nos va la Tina de Lorenzo! Aquí está otra heroína—no parezca extraño,—heroína del arte, triunfadora de las multitudes, maga que nos ha encantado por espacio de tantas noches. En el momento presente, cuando ya apenas queda teatro alguno abierto, el de la Comedia se ha visto lleno, con llenos rebosantes; y más en el segundo abono que en el primero, porque «La Tina,» como familiarmente la llama el público, va gustando más cuanto más se la ve.

Es una actriz completa, íntegra. De perfecta hermosura, de cuerpo escultural, posee al mismo tiempo aquel don ensalzado por Byron: la animación y la gracia. Su cuerpo, admirablemente modelado, es, sin embargo, del número de los que no corren peligro, al aligerar la ropa, de ofender á la decencia, porque tiene líneas puras, no deformadas ni exageradas por la edad. Tina es todavía joven fuera de las tablas, y en las tablas hace admirablemente los papelititos de ingenua. ¿Qué no hará admirablemente esta mujer?

Hay quien prefiere á la Duse. La Duse es una actriz muy genial, maravillosa á veces, pero desigual, arbitraria. Me recordaba á Vico, que tenía la misma condición: nadie le superaba cuando quería, pero no quería todas las noches, ni siquiera la mitad. Quizás no llegue en lo trágico Tina de Lorenzo adonde llega la Duse, y lamento que no nos haya dado, en esta temporada, ocasiones de averiguarlo, porque la verdad es que nos ha puesto á régimen de *vaudevilles* y farsas, en las cuales ha podido lucirse su esposo, el divertidísimo Armando Falconi; pero en lo cómico y lo dramático usual, en este género intermedio que tiene toques de sentimiento y matices de realismo y picardía sainetera..., en obras como *Zazú*, *El estudio de desnudo* (que así sostengo que debe traducirse *La donna nuda*, y no de otra manera literal y chocante), *El no sé qué* y tantas del mismo corte como han desfilado por el escenario de la Comedia desde hace dos meses, Tina no debe de temer rivales.

Su arte no es el arte instintivo y semibárbaro de Mimí Aguglia, la artista más próxima á la naturaleza de cuantas he conocido; hay en Tina mucho de burgués; el soplo helénico que d'Annunzio reconoció en la Duse, no envuelve en sus ondas á la Tina. Pero el soplo helénico, mucho me lo temo, no sería entendido en Madrid. ¡Es tan poco helénica la ciudad del oso y del madroño! Ni aun tiene el gran impulso de fantasía artística oriental que en alto grado posee Valencia, y por el cual podría llegar á asimilarse fácilmente la belleza antigua. En Valencia se representaría con éxito seguro *La ciudad muerta*, de d'Annunzio, ó *Medea ó Fedra*; en Madrid no hay ambiente para esta clase de obras. Así es que Tina, con sus *vaudevilles* elevados á la mayor altura de gracia y de monería merced á una admirable interpretación, es la actriz más á propósito para la temporada de primavera madrileña. La Tina puede hacer asombrosamente obras como *La Gioconda*, de d'Annunzio, y no lo olvidamos los que hemos tenido la fortuna de escuchársela; sin embargo, la inmensa mayoría de los espectadores se halla más á gusto—confiéselo ó no—en una bufonada como *El escándalo*, que en sublimidades estéticas.

Y—perdóneme Tina la aproximación—después de la bella italiana, no hubo en este fin de temporada actor más popular que Moritz I.

Hay que reconocer que el Circo de Parish, tan afortunado, tan de moda, con sus jueves, día solemne en que salen á relucir los sombreros monumentales en tamaño, precio y elegancia, estaba, últimamente, en cuanto á atracciones y novedades artísticas—así es preciso decir—algo *fané*. Erán los mismos acróbatas haciendo la misma torre catalana; los mismos clowns, con menos chiste que otros años; los eternos caballos bailando el eterno vals; y por gran regalo, unos volteadores marroques, supongo que enviados por algún diplomático hábil de la corte

de S. M. Jerifiana, para que, viendo tal agilidad y tales brincos, nos horricemos ante las contingencias de una guerra con gente que de un salto se pondría en Madrid... Así es que la llegada del simpático chimpancé fué saludada con aplauso entusiasta, y sus habilidades comentadas con ternura de mamá que refiere gracias de niño...

Moritz vivía, dicen, en una granja de cultivadores australianos. Ya allí les tenía embobados con sus rasgos de inteligencia. Su actual dueño lo adquirió por sesenta libras esterlinas, que no me parece caro, dadas las aptitudes de un cuadrmano tan superior á la turbamulta de los bimanos, que comen con menos pulcritud y menos distinción que el chimpancé.

Moritz, ¿á qué negarlo?, me sugiere reflexiones penosas. Este animalejo imitador, al cual no le falta más que hablar; este ser extraño, bufón de la muchedumbre, que nos mira con unos ojos donde parece brillar el pensamiento, donde hay una mezcla de candor, melancolía y desdén, ¿será la sombra de un antepasado, muy remoto, anterior al hombre terciario cuyos restos acaban ahora de descubrirse, sombra que se nos aparece entre los albores de un espectáculo, para decirnos que nuestra estirpe no es tan distinguida como creemos?

Yo, sin embargo—á pesar de Moritz,—contínuo disintiendo, en este particular, de las opiniones de Darwin y Haeckel. Sobre todo del último, pues el primero, más aplomado científicamente hablando, fué en sus afirmaciones mucho menos explícito.

Continúo preguntándole á Haeckel, ¿dónde están los eslabones que faltan en la cadena?... Y, cosa extraña, á poco de ver y aplaudir (obedeciendo á la señal que nos da él mismo) las habilidades de Moritz I, empieza á parecerme más imposible que nunca que procedamos de alguno de sus congéneres... Sus pies que son manos; su quijada lisa, sin mentón; sus dientes que enseña en gesto inocente de enojo ó de avidez; sus orejas colocadas como pantallas; su cola que supongo prehensil (Moritz trabaja vestido); su mudez misteriosa..., en vez de sugerirme la semejanza, me sugieren el infranqueable abismo. Si los partidarios de la humanidad de Moritz quieren que este mono sea superior á mí, soy capaz de conformarme; lo que no admito es que mi millonésimo abuelo fuese mono, ni siquiera negro, ni siquiera mogol...

Los espectadores, en cambio, se sienten darvinistas. En vez de observar juiciosamente: «¡Mira cuánto más guapo es Moritz que Fulano!» se empeñan en repetir á troche y moche: «¡Mira cómo se parece á Fulano Moritz! ¡Pero si es estarle viendo!»

Por supuesto, que Fulano, si se enterase, daría señales de descontento, hasta quizás de indignación. ¡Los hombres son tan vanidosos! No se conformaría Fulano... Y si Moritz, por permisión divina, emulando á la burra de Balaam, adquiriese el don de la palabra—el don negado á la bestia,—tengo vehementes sospechas de que tampoco él se avendría al parecido, y lo manifestaría en enérgica forma...

¡Pobre Moritz! Si es cierto que los monos son lo más análogo á la especie humana, debo declarar que también se nos asemejan en la *infelicitá*. Los monos, á pesar de sus monerías, muecas, gestos y visajes; á pesar de sus travesuras continuas por una avellana ó por un plátano, son de los animales que parecen menos dichosos. En nuestros climas tienen siempre frío. Y como poseen una desmedida vanidad infantil, sufren si no la ven lisonjeada. No, los monos no están muy contentos de su suerte. El único que he visto morir—en mi casa,—lloraba en la agonía como un hombre... ¿Si seremos hermanos mediante el dolor, mediante la sensación obscura de la perpetua asechanza del destino?

En el Circo, por lo menos, se puede afirmar la superioridad de las especies animales sobre la humana. Para verles trabajar me gustan doblemente los perros, los monos, los gallos y las cacatúas que los acróbatas y barristas. El animal (menos animal de lo que pudiera creerse) nunca ejecuta un ejercicio que pueda poner su vida en riesgo. Así es que al placer del espectáculo no lo amarga el temor de una tragedia.

El animal llega hasta donde se lo permite su destreza y su comprensión; de ahí no pasa. No conozco perro con la pata rota al lanzarse de un trapezio, ni mono que se haya caído peligrosamente de una bicicleta. Sólo he notado cierto terror en Moritz al calzarse los patines. Lo de los patines no le hace gracia. Sólo el atractivo de un terrón de azúcar parece decidirle. Va titubeando, como ebrio, y cuando se los descalza, es visible su satisfacción. ¿Patines á él? ¿A él, que es capaz de trepar en un segundo á la cima de un cocotero?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.